

A SOLAS

MONÓLOGO. *(Cuando el texto va entrecomillado -porque reproduce conversaciones de otras personas- sería conveniente, si se puede, que la actriz altere un poco la voz).*

ELLA- Cuando me he visto, al pasar ante el espejo, me ha dado miedo de mí misma... ¡Tantos años limpiando ese cristal, y nunca me había fijado en la imagen tan triste que lo frotaba desde el otro lado! ¿O será que he cambiado de repente, que la muerte de mamá me ha convertido de golpe en esta mujer mayor, tan asustada, tan infeliz, tan torpe...? Y eso que la pobre presentía, ya desde que nací, que yo no había heredado ni una pizca de su encanto, que era un pegote impertinente entre sus abanicos y sus sedas y las flores que Esteban le mandaba cada día. “Nena”, me reñía, “no sujetes así las flores, que parece que llevas un montón de ropa sucia. ¿Es que te dan asco? Menos mal que nunca vas a tener novio porque, si te regalara un ramo y viera con qué poca gracia lo coges, saldría pitando.” Sin embargo, ella lo hacía todo bien: metía el hilo con agilidad en la aguja que yo no había conseguido enhebrarle, colocaba con destreza la sábana que yo había dejado colgando, se arreglaba con mimo el mechón que se me había escapado a mí al peinarla... Con agilidad, con mimo, con destreza, y siempre con un suspiro de impaciencia, porque yo la sacaba de quicio. Y tenía razón: si me quedaba de pie, era un estorbo que me paraba justo en el sitio por donde ella tenía que pasar; si me movía, dejaba huellas en el suelo recién encerado; si me sentaba en la butaca para no molestar, me daban las horas muertas sin hacer nada. Todo esto le quitaba a ella años de vida, y no podía explicarse a quién había salido yo. Ni siquiera las hermanas del pobre papá eran tan inútiles, tan sosas... “Nena”, decía, mientras se arreglaba para salir, “¿es que hoy tampoco te llaman las amigas? A mí, a tu edad, no me dejaban parar quieta. Siempre había una o dos a la puerta de casa, esperando a que bajara”. A mí aquel “hoy tampoco” se me clavaba en el alma. Desde que iba al colegio, no había encontrado a ninguna chica del agrado de mi madre y por eso me fui quedando aislada. “No me hace falta nadie, mamá”, le aseguraba. “Estoy bien aquí contigo y así, las tardes que no venga Esteban, te hago compañía”. Ella no me creía. Tampoco se fiaba del cariño de Esteban, que, según decía, llevaba varios años entreteniéndola. “¡A mí no me la da!”, se quejaba. “Si me quiere, que haga lo que tiene que hacer de una vez, en vez de tanta flor y tanto bailarme el agua... Él viene a lo que viene, y ya está”, repetía. Una vez me atreví a preguntarle que a qué venía Esteban, y me atravesó con la mirada. “Nena, ¡pareces tonta! ¿A qué va a venir? ¡Menos mal que no sales de casa, porque a ti puede engatusarte cualquiera! Sí, sí, incluso a ti, que a los hombres, con tal de desahogarse, les da lo mismo acostarse con el palo de una escoba...” Así

que me quedé sin enterarme de a qué venía Esteban. Aún sigo sin saberlo, tan ñoña y mojigata como la cuaresma, como un manchón de luto en la primavera... Eso es lo que me duele en esta época del año, la primavera y sus tardes azules, y su aire mojado de ventanas abiertas, y su luz remolona que no acaba de despedirse de los árboles... ¡Con lo sencillo que es el invierno, cuando cae la noche de repente y una puede acostarse temprano y dormir, o fingirlo...! Ahora, sin mamá, no sé qué voy a hacer para espantar la tristeza de las horas... Sobre todo, después de estas semanas en las que no nos hemos separado ni un minuto, desde que se torció la pierna y no podía salir, y la pobre perdía la paciencia... “Nena, ¿qué haces ahí plantada? Parece que estás sujetando la pared... Me entran unos nervios terribles de verte siempre enfrente, como un pasmarote...” A mí no me importaba que pagara su malhumor conmigo, porque con alguien tenía que pagarlo... Me había acostumbrado a llevarle la comida a la cama, a ponerla a orinar, a arreglarla para cuando viniera Esteban... A a oír sus quejas ya estaba acostumbrada... Hasta que una noche se equivocó de pastilla y tuvo un cólico y me echó la culpa a mí. “¡Qué raro que estuviera ahí ese medicamento! Yo, desde luego, no lo he dejado ahí”, rezongaba y, desde entonces, antes de tomarse cada píldora, la examinaba bajo la lamparita y después la chupaba para asegurarse de que sabía como siempre, sin dejar de mirarme, escamada... Yo clavaba los ojos en el suelo y me quedaba en mi rincón, y hasta al cabo de un rato, no me atrevía a acercarme para recoger el vaso vacío o para arreglarle las almohadas... “Nena, tú no me engañas. Yo para ti soy una carga y estás deseando librarte de mí. ¡De mí, que te he dedicado los mejores años de mi vida...! ¡Qué ingrata!” Yo no quería ser ingrata, y, sin embargo, fue entonces cuando le di la puntilla, como decía ella... La verdad es que no sé cómo fui capaz de hacerle esa faena. Quizá porque Esteban siempre me trataba con cariño, y cuando le abrí la puerta aquella tarde y me preguntó qué me pasaba, me eché a llorar y le conté lo de la píldora, que mamá sospechaba que yo la quería envenenar, y él me abrazó para consolarme y, al momento, sentí la voz de ella, que venía arrastrándose sobre su pierna torcida... “¡Mala pécora! ¡Te voy a arrancar la lengua!” chillaba con los ojos desorbitados y las uñas sacadas como un gato. Esteban consiguió apartarla de mí y la llevó en brazos al dormitorio, y discutieron, y cuando él se marchó, mamá me llamó y me preguntó cuántas veces me había acostado con él a sus espaldas, lo que era absurdo porque estaban los dos juntos todo el tiempo que él pasaba en casa... La cuestión es que Esteban no volvió, y cada tarde que no volvía era una puñalada para mí, y la pobre mamá se levantaba furiosa a la hora en que él solía llegar, y daba saltos sobre la pierna mala, o empezaba a tirar cosas contra las paredes, o volcaba sobre la cama la bandeja de la cena y hasta el orinal donde hacía sus necesidades. “¡Ya no le vas a ver nunca, porque no va a volver!” me gritaba. “¡Así que ni para ti ni para mí!” Aunque yo prefería todo eso a sus silencios, porque mientras recogía

lo que ella había roto y ensuciado, se me aliviaba un poco la pena enorme, el remordimiento de haberla traicionado... Después decretaron el estado de alerta por la epidemia y prohibieron salir a la calle, y Esteban ya no podía volver, aunque quisiera. Tampoco ha llamado por teléfono hasta hoy, que ha sonado el móvil que mamá tiene en la mesilla, y era él, como si hubiera adivinado que ocurría algo malo. Se lo he contado y ha puesto el grito en el cielo. “Pero ¿cómo no me has avisado?” Le he contestado que estaba esperando, por si acaso mamá se despertaba... “¿Qué dices?”, ha exclamado. “Entonces, ¿puede que siga viva? ¿Cuánto tiempo lleva así?” Le he dicho que desde ayer. Ha soltado un bufido y ha colgado, aunque él mismo ha debido de llamar al médico. El primer timbrado me ha pillado acurrucada todavía al lado de la cama de mamá. No me he movido desde anoche y, al levantarme para abrir, tenía las piernas moradas y un cosquilleo tan atroz que no he podido contenerme y me he reído delante del cadáver de mi propia madre, y, aunque poco a poco se me iba pasando el hormigueo, seguía riéndome mientras me arrastraba hacia la puerta, igual que se arrastraba mamá el día que nos sorprendió a Esteban y a mí... Aunque la risa se me ha cortado con el susto, porque el médico parecía un marciano detrás de su escafandra. “¿Cómo es que va usted sin mascarilla?” me ha gritado. “¿No sabe que se puede contagiar, que se habrá contagiado seguramente ya? ¿No se da cuenta de que puede morir de lo mismo que ha muerto su madre?” Yo le he mirado pasmada, aunque en seguida he reaccionado y he corrido a envolverme la cara en un pañuelo. Así he recibido también a los de la funeraria. No me han dejado despedir a la pobre mamá. Se la han llevado envuelta en plásticos y no ha quedado de ella más que el olor a podrido de las últimas flores que le había regalado Esteban... Entonces he abierto el cajón de la mesilla y, como suponía, he encontrado una caja de calmantes vacía... Lo malo es que sospecho que hay una relación directa entre esa caja y la muerte de mi madre, y que, sea como sea, yo estoy complicada en el asunto. Aunque aún no he llegado a saber cuánto, porque ¿cómo conseguí darle las pastillas, con lo que miraba y remiraba cada medicamento antes de echárselo a la boca? Claro que quizá se las disolví en el puré, porque se quejó de que estaba muy espeso y tenía demasiadas especias... O tal vez se las tomó ella misma a propósito, mitad por la pena de que Esteban la hubiera dejado, mitad por castigarme a mí, cargándome con la culpa, sin prever que el médico no se iba a detener en su cadáver porque tenía que salir disparado en busca de otro enfermo o de otro muerto... No sé cómo ha ocurrido, en realidad... Tienen razón los que dicen que este encierro nos está haciendo perder a todos la cabeza...